

18. EL DIABLO: ÁNGEL OSCURO

Has despreciado al diablo y no se puede oír que un sujeto tan odiado debe ser algo.

Goethe

Ha llegado el momento de enfrentarse al Diablo. Dado que es una figura arquetípica, le corresponde estar en el cielo, la fila superior de nuestro mapa; pero cayó... ¿recuerda? Según dice, renunció a su empleo y dimitió del cielo. Dijo merecer mejor oportunidad, sentía que merecía un mejor trato y más autoridad.

Pero no es así como cuentan la historia los demás. De acuerdo con la mayoría de los relatos, Satán fue despedido. Su pecado, dicen, fue el orgullo y la arrogancia. Tenía una naturaleza despótica, demasiada ambición y un exagerado sentido de su propia valía. Sin embargo, tenía gran cantidad de encanto y una considerable influencia. Sus maneras eran sutiles: organizó a los ángeles para la rebelión a espaldas del Jefe, a la vez que imploraba el favor del Amo.

Se sentía celoso de todos, especialmente de la humanidad. Le gustaba pensar que era el hijo predilecto. Odiaba a Adán y le molestaba que fuera él quien rigiera el ordenado jardín del Paraíso. La seguridad complaciente era (y sigue siendo) anatema para él. La perfección le sacaba de quicio. La inocencia le hacía retorcerse. ¡Cómo disfrutó tentando a Eva y sacándola del Paraíso! La tentación era (y sigue siendo) su especialidad. Algunos dicen que fue él quien tentó al Señor para que probara a Job. Dado que Dios es bueno, nos cuentan, Él no pudo nunca haber planeado estas demoníacas triquiñuelas, de no haberle inspirado Satán. Otros arguyen que, dado que el Señor es omnisciente y todopoderoso, tiene la total responsabilidad de haber hecho pasar a Job por un tercer grado. La discusión acerca de quién es el responsable último del sufrimiento de Job ha durado muchos siglos. Todavía no se ha definido y quizá nunca se defina. La razón es sencilla: el Diablo confunde, pues él mismo es confuso. Si miramos el retrato que nos ofrece el Tarot (fig. 62) veremos el por qué. Se presenta a sí mismo como un absurdo conglomerado de partes. Lleva cuernos de ciervo mientras que tiene los pies de ave depredadora y alas de murciélago. Se refiere a sí mismo como a un hombre pero tiene pecho de mujer o quizá, mejor dicho, lo lleva, pues tiene el aspecto de algo pegado o pintado en él. Ese ridículo escudo va a servirle de poco. Quizá lo lleva como una insignia que nos oculta la crueldad del portador, quizá nos quiere indicar simbólicamente que Satán usa maneras femeninas de inocencia e ingenuidad para lograr introducirse en nuestro jardín, para, al igual que aclara la historia del Paraíso, trabajar mediante la misma inocente ingenuidad en nosotros (como sucedió con Eva).

El hecho de que este escudo sea rígido y postizo puede indicarnos que el aspecto femenino del Diablo es mecánico y descontrolado, de manera que no está siempre bajo su control. Significativamente su casco dorado pertenece a Wotan, un dios que también estaba sujeto a pataletas femeninas y buscaba venganza cada vez que su autoridad se veía amenazada.

El Diablo lleva una espada, pero la sujeta sin cuidado alguno por la hoja y con la mano izquierda. Es obvio que la relación con su arma es tan inconsciente que sería incapaz de usarla de manera útil, significando esto simbólicamente que su relación con el Lo-gos masculino es igualmente ineficaz. En esta versión del Tarot, el arma de Satán parece herirle solamente a él. Su hoja, sin embargo, es de lo más peligroso, pues no está controlada. El crimen organizado actúa con lógica, se puede llegar a indagar y a trabajar sobre él de manera sistemática. Incluso los crímenes pasionales tienen una cierta lógica emocional que los hace humanamente comprensibles y algunas veces incluso predecibles. Pero en la destrucción indiscriminada, en el injustificable asesinato callejero, de los tiradores enfurecidos y sin propósito, contra éstos no tenemos defensa alguna. Sentimos que estas fuerzas operan desde la oscuridad, más allá de la comprensión humana.

El Diablo es una figura arque típica cuyo linaje, directa o indirectamente, procede de la antigüedad. Allí aparecía como una bestia demoníaca más poderosa y menos humana que la figura representada en el Tarot. Como Set, el dios egipcio del mal, tomaba a menudo la forma de serpiente o de cocodrilo. En la antigua Me-sopotamia, Pazazu (el rey de los espíritus malignos del aire, un demonio portador de la malaria que habitaba el viento del suroeste) encarnaba algunas de las cualidades que ahora atribuimos a Satán. Nuestro Demonio puede haber heredado algunas de las cualidades de Tiamat, la diosa babilónica del caos, que tomaba la forma de murciélago con garras y cuernos. Sólo cuando Satán hizo su aparición en nuestra cultura judeocristiana empezó a adquirir características más humanas, así como a conducir sus nefastas actividades de manera que fueran más comprensibles para nosotros, los humanos.

En la obra de Blake titulada Satán exultante sobre Eva (fig. 63), por ejemplo, Satán ha perdido sus cuernos y pezuñas. Se alza galante sobre la astuta serpiente enroscada alrededor de Eva, con la cual parece no tener ninguna conexión. En contraste con la figura del diablo representado en nuestro Tarot, el Satán de Blake es un guerrero experto equipado con escudo y lanza, cosas ambas que lleva con aparente autoridad. Evidentemente, siglos de práctica le han dado un dominio sobre su puntería y resolución. De todas maneras sigue llevando la lanza en la mano izquierda, o «siniestra», pues sus energías siguen estando dedicadas al conflicto más que a la paz, y al poder más que al amor.

El hecho de que la imagen del diablo se haya humanizado en el transcurso de los siglos significa, simbólicamente, que estamos más preparados para verla como un aspecto sombrío de nosotros mismos que como un dios sobrenatural o un demonio infernal. Quizá ello significa que estamos ya dispuestos a enfrentarnos con nuestro lado oculto, satánico. Humano e incluso bello, como nos lo muestra la pintura de Blake, no se ha desprendido todavía de sus enormes alas de murciélago. Es más, crecieron y se oscurecieron mucho más que las que nos muestra el Diablo del Tarot de Marsella. Esto parece indicarnos que la relación de Satán con el murciélago es particularmente importante y requiere que le prestemos una atención especial.

El murciélago es un ser nocturno. Evita la luz del día, retirándose cada mañana a su oscura cueva, donde se cuelga boca abajo, haciendo acopio de energía para sus escapadas nocturnas. Es un vampiro, chupa sangre, su mordisco destila pestilencia y sus humores envenenan el ambiente. Da tumbos en la oscuridad y, según la creencia popular, tiene una especial predilección para enredarse en los cabellos, causando la histeria y la confusión. También el Diablo vuela por la noche, cuando las luces de la civilización se apagan y la mente racional está dormida. Es en este momento cuando el ser humano yace inconsciente, inerte, abierto a la sugestión. En las horas de luz solar, cuando la consciencia humana está despierta y la capacidad del hombre de distinguir está alerta, el Diablo se retira hacia la zona oscura de la psique, donde se cuelga también cabeza abajo, escondiendo sus oposiciones y recargando sus energías en espera de su momento. Metafóricamente hablando, el Diablo chupa nuestra sangre, minando nuestra sustancia. Los efectos de su mordedura son contagiosos, llegando a infectar comunidades enteras e incluso países. Así como un murciélago puede causar pánico irracional en una sala de espectáculos revoloteando entre los espectadores, así el Diablo puede volar hacia un grupo y enredarse entre las cabezas, organizando un desbarajuste entre los pensamientos lógicos y consiguiendo finalmente producir la histeria colectiva.

El terror que nos produce el murciélago sobrepasa toda lógica, e igualmente debería ser así nuestro miedo al Diablo. El murciélago nos parece una aberración monstruosa de la naturaleza: un ratón con alas. Como el diablo, tiene miembros disparatados que desafían

las leyes de la naturaleza. Tenemos la tendencia a pensar que estas malformaciones son el producto de algún poder siniestro, irracional, del que esta criatura hubiera sido víctima o incluso instrumento: el enano, el jorobado o la cabra con dos cabezas. La propiedad que comparten el murciélago y el Diablo es la capacidad de navegar a ciegas en la oscuridad. Intuitivamente, tememos esa magia negra.

Los científicos han encontrado formas de protegerse contra las costumbres peligrosas y repugnantes del murciélago que les permiten entrar en la cueva del animal y examinarlo de manera más racional. Como resultado de ello, esa forma peculiar y el comportamiento repulsivo del murciélago nos parecen menos temibles que antaño. Incluso acaba de descubrirse que su misterioso sistema de radar opera de acuerdo con leyes comprensibles. La tecnología moderna ha decodificado su magia negra para crear un sistema similar para que el hombre pueda también volar a ciegas.

Quizá si sometiéramos a un examen objetivo al Diablo podríamos aprender a protegernos contra él y, descubriendo dentro de nosotros el poder contra su satánica magia negra, podríamos aprender a conquistar esos miedos irracionales que paralizan la voluntad y hacen imposible el enfrentamiento y el trato con el Diablo. Quizá después de la horrible iluminación de Hiroshima, con sus restos de humanidad destrozada, podemos al fin ver la forma monstruosa de nuestra propia sombra diabólica.

Con cada guerra parece más evidente que compartimos muchas características con el Diablo. Algunos dicen que es precisamente la función de la guerra la que revela a la humanidad su enorme capacidad para el mal de una manera tan inolvidable que cada uno de nosotros puede llegar a conocer su propia sombra, y de esta manera tomar contacto con las fuerzas inconscientes de su naturaleza interior. Alan McGlashan piensa que la guerra es específicamente «el castigo de la incredulidad del nombre acerca de las fuerzas que existen dentro de él mismo».1

Paradójicamente, a medida que la vida consciente del hombre se vuelve más «civilizada», su naturaleza animal pagana se declara en guerra, haciéndose cada vez más salvaje. Acerca de ello, dice Jung:

«Las fuerzas instintivas condenadas en el hombre civilizado son mucho más destructivas y por lo tanto más peligrosas que los instintos del hombre primitivo, quien en un modesto grado vive constantemente los instintos negativos. En consecuencia, ninguna guerra del pasado histórico puede competir con una guerra entre las naciones civilizadas en su colosal escalada de horrores.»2

Jung continúa diciendo que la clásica reproducción del Diablo como mitad hombre y mitad bestia «describe exactamente el aspecto grotesco y siniestro de nuestro inconsciente, con el que nunca hemos llegado a un contacto real, y que, en consecuencia, permanece en su estado original y salvaje».3

Si examinamos a este «hombre bestial» como nos aparece en el Tarot, podemos ver que no hay ninguna parte que se destaque entre las demás. Lo que hace su figura tan desagradable es la aglomeración sin sentido de sus distintas partes. Este aglomerado irracional atenta contra el orden de las cosas, minando el esquema cósmico sobre el que descansa toda la vida. Hacer frente a esa sombra podría significar ver la cara del miedo que nos sobrecoge tanto a nosotros, los humanos, como a la misma Naturaleza.

Esa extraña bestia que llevamos dentro y que proyectamos en el Diablo es, después de todo, Lucifer, el Portador de la Luz. Él es un ángel, aunque caído, y tiene este mensaje de Dios. Nos incumbe a nosotros tomar contacto con él.

Su rostro no deja de ser atractivo. Su aspecto extraño nos recuerda a Pan, un ser conectado con el pánico y el pandemónium. En la actualidad, la palabra «pandemónium» fue acuñada por Mil-ton especialmente para describir las actividades de Lucifer y sus

cohortes. Ha permanecido en nuestro lenguaje y sigue definiendo perfectamente la confusión destructiva que el Diablo puede causar en nuestro mundo y en nosotros.

A pesar de que la figura del Tarot está equipada para moverse en la oscuridad, posee un equipo especial: un par de cuernos dorados. Los cuernos son, desde la antigüedad, símbolo de nueva vida y de regeneración espiritual. Los cuernos de oro son símbolos específicos del fuego divino. Los que aparecen aquí nos recuerdan lenguas o llamas que brotan de cada uno de los lados de la cabeza de esta criatura.

Como vimos antes, estos cuernos mágicos no pertenecen a la persona del Diablo, son parte del casco dorado que es reminiscencia de Wotan. El fuego dorado no es, pues, propiedad de Satán, sino que pertenece al oficio divino del mensajero. Cuando recuerda este hecho, su fuego puede iluminar y purificar; pero cuando roba el fuego del cielo para su propio engrandecimiento, sus actividades pueden provocar el trueno celestial.

Como ya descubrieron Adán y Eva, el papel del Diablo es tan ambiguo que a menudo es imposible conocer cuál es. Por un lado, nos tienta a la desobediencia, invitándonos a probar del fruto prohibido así como a tragar el bocado del bien y del mal. Por otro lado, si no fuera por esta inducción a la acción y al conocimiento, seríamos todavía hoy como niños pequeños presos en el jardín idílico y seguro, pero limitado, del Paraíso. Sin la encrucijada demoníaca entre el bien y el mal, no tendríamos consciencia del ego, no habría civilización ni existiría la posibilidad de trascender el ego a través de la autorrealización. Como animales, nos veríamos prisioneros para siempre en la rígida fórmula del comportamiento automático. Fue gracias a las actividades de Satán, por lo visto, como los humanos fuimos expulsados del Edén de obediencia instintiva y de orden natural, para que pudiéramos llevar a término el destino específico de naturaleza humana. Ahora, después de haber probado el sabor del bien y del mal, nos vemos enfrentados para siempre jamás con la responsabilidad de la elección moral. Ya no somos capaces, como lo eran los niños obedientes, de permanecer a salvo dentro de los límites de un código de ética impuesto. Estamos, como acertadamente dijo Jean Paul Sartre, «condenados a ser libres». Sin libertad de elección, no existe auténtica moralidad. El hecho es que la mayoría de nosotros tenemos hoy más libre albedrío de lo que nos damos cuenta; muchos, inconscientemente prisioneros de costumbres morales, rehusan aceptar la responsabilidad de la elección moral. La mayoría de nosotros, sencillamente, no tenemos idea de lo que seríamos capaces de hacer si quedásemos liberados de las limitaciones impuestas, tanto reales como imaginarias. Mientras nuestra obediencia al código moral sea automática, no somos libres. Mientras nos neguemos a enfrentarnos a nuestros propios demonios interiores, sea cual sea la forma que tomen, no seremos humanos.

Ésta es exactamente la situación de la curiosa pareja dibujada en la carta decimoquinta del Tarot. No son totalmente humanos ni enteramente libres. Los rostros que ambos muestran al mundo parecen bastante humanos, pero sus cuerpos están equipados con orejas de animal, cuernos, pezuñas y rabos. Las dos figuras se encuentran atadas con cuerdas a la plataforma sobre la cual está en pie el Diablo; parecen no darse cuenta total de ello. Parecen asimismo inconscientes de sus patas de animal, y de sus rabos. Estas criaturas de Satán personifican un aspecto familiar de la condición humana que Jung amplió de la siguiente manera:

«... olvidamos siempre que nuestra consciencia es tan sólo una superficie, nuestra consciencia es el anteproyecto de nuestra existencia psicológica. Nuestra cabeza es solamente el final, detrás de nuestra consciencia hay una larga «cola» de dudas, debilidades y complejos, perjuicios y herencias y, nosotros consideramos siempre nuestras decisiones sin contar con ellas.»⁴

Los dos esclavos del Tarot son reminiscencias de los ayudantes del mago que colaboran con él, permaneciendo, sonrientes, uno a cada lado mientras hace su exhibición. Nunca se mueven para ver lo que pasa, le alzan lo necesario para que realice la danza ritual, totalmente desconectados del procedimiento. Después, dan la vuelta recuperando su actitud habitual de inocencia a un lado y otro de las candilejas.

Mientras estos lacayos permanezcan inconscientes del papel que el Diablo les concede en sus maquinaciones, podrán continuar ejecutando su pequeño ritual sin problemas ni conflictos, y también sin crecimiento. Fijémonos en cuan disminuidas aparecen aquí sus figuras. Son ridículamente pequeños, pues sus energías, ligadas a sus partes animales, no fueron reconocidas conscientemente, ni asimiladas y utilizadas para que resultaran útiles para el crecimiento. Esos duendes lucen en sus rostros la expresión, o la mueca, de quienes presumen de poseer un total control de sus actos. Cuando alguna emoción repentina, un olvido inexplicable u otro lapso de conciencia amenaza destruir la complaciente imagen que estas personas tienen de sí mismas, nunca miran tras de sí para ver el largo rabo que les une con su antecesor animal. Siempre están señalando a algún otro para burlarse de él. Nos recuerdan a aquel niño que, al ser reprendido por pegarle a otro, respondió: «Mamá, él me devolvió primero...». La filosofía del que de esta manera señala con el dedo, está encarnada de manera sofisticada en el lenguaje de André Gide: «El mal es algo que hacemos para devolver». Pasará algún tiempo antes de que los dos esclavos de la carta del Tarot asuman la responsabilidad de los actos que cometen. Tiene que ocurrir un verdadero cataclismo, como el de la carta que veremos a continuación, antes de que un rayo de luz les permita ver sus largos rabos, interrumpiendo de este modo su autocomplacencia.

¿Qué cualidad específica representa el Diablo? Es una mezcla tal de partes que es difícil catalogarlo. Es lo que debe de ser, ya que, según Jung, cualquier tipo de función psíquica que se destaque del conjunto, actuando de manera autónoma, es demoníaca. Convertirse en un esclavo incondicionalmente ligado al código más altruista es la manera de convertirse en criatura del Diablo, en víctima de los propios apetitos animales. Aquí, lo importante es la inconsciencia y la autonomía. Teniendo presente como guía el estudio de Jung, consideremos algunos de los aspectos de la autonomía inconsciente que puede representar esta carta.

El dibujo de esta carta (una figura central elevada con dos pequeños acólitos a sus pies) muestra unas diferencias importantes con respecto a la del Papa. El Diablo trabaja a espaldas de sus ayudantes, mientras que el Papa lo hacía de frente. El Papa, con su mano derecha alzada, parecía bendecir; los dos dedos juntos recordaban a sus hijos que el conflicto moral tiene que ser combatido; los tres dedos ocultos simbolizaban el misterio de la Santísima Trinidad. En contraste con esto, en la carta número quince la mano del Diablo, más parecida a una pezuña, nos indica que solamente le interesa la dimensión limitada del poder terrenal. Su mano parece estar tiesa, saludando con arrogancia; no se diferencia mucho de aquella forma en que se saludaba respondiendo automáticamente \HeilHitler! El Papa se encontraba sentado en un trono, como le corresponde; el Diablo está de pie sobre algo que parece un brasero cuyas cenizas se han apagado ya. Quiere que pensemos que él es quien posee el fuego del cielo. No contento con su papel de Portador de la Luz, se representa a sí mismo también como la Luz. El Papa sostiene su báculo de manera ritual, con una mano enguantada que muestra bordada la cruz patee, indicándonos de esta manera que su poder le viene de la Iglesia. El Diablo, sin embargo, sostiene su espada con descuido, con esa garra desnuda que nos indica un uso del poder inconsciente y egocéntrico.

La espada es un instrumento que nos habla de un alto grado de civilización. Este arma, a menudo de origen sobrenatural, es símbolo de honor caballeresco así como de la acción al servicio de un ideal. En la carta octava que se halla inmediatamente encima de la que vemos ahora, podemos observar cómo la Justicia sostiene su espada con un gesto ritual que actúa como plomada conectando lo de arriba con lo de abajo. Podemos ver su espada como el rayo de luz por el que descende el fuego divino para iluminar nuestra ciega confusión. En el Diablo, la figura central parece burlarse de todo lo que la espada de la Justicia simbolizaba. Como un niño pequeño, muestra orgullosamente su invulnerabilidad personal y su despreocupación por todo poder que no sea el propio. Nosotros, si nos sentamos frente a él, donde podamos mirarle a los ojos, quizá seamos capaces de ver a través de sus pretensiones, pero sus dos esclavos no se dan cuenta siquiera de que existe. Según Baudelaire, quien tuvo mucho trato con este sujeto, «el Diablo tiene como astucia principal convencernos de que no existe». Para no perder de vista al Diablo, los navajos lo situaban entre sus dioses, donde pudieran verlo constantemente. Todas las religiones orientales consideraron el aspecto demoníaco como parte de la divinidad. En la iconografía hindú budista, incluso las figuras más malévolas se representan con una mano alzada que parece decir «no temáis», de manera que la idea de esta aparición sea otra forma de maya, una de las mil caras de Dios.

En el Antiguo Testamento, el mal se consideraba también como un aspecto de Dios. Citando a Jehová: «Yo soy el Señor, no hay nadie más. Yo formo la luz y creo la oscuridad. Yo hago la paz y creo el mal. Yo, el Señor, hago todas las cosas»⁵; los primeros cristianos situaban la capacidad del bien y del mal en las manos de Dios. El Obispo de Roma, Clemente, en el siglo I, pensó que Dios gobernaba el mundo con la mano derecha, que era Cristo, y con la izquierda, que era Satán. Más adelante, la cristiandad amputó la mano izquierda de Dios, relegando a Satán a las regiones oscuras, reservando para Dios el reinar totalmente en el cielo. Hoy nos hemos enamorado a tal punto de la luz, aspecto brillante del poder creativo, que hemos olvidado mirar al Diablo, pensando aparentemente que cuando él fue expulsado del cielo se quedó sin trabajo, y más aún, de un trabajo que nos concierne a nosotros.

Muchos psicólogos están de acuerdo en pensar que este olvido de nuestro aspecto demoníaco es la causa mayor de muchas de las pérdidas pandemoníacas del mundo contemporáneo. Nuestra propia emotividad, violencia, vengatividad, fanatismo y confusión (que no reconocemos que tengan nada que ver con nuestra vida personal) aparecen de modo repentino y a gran escala como problemas, conflagraciones y escaramuzas destructivas. Es un axioma de la vida que, cuando unos aspectos negativos de nosotros mismos no se reconocen como pertenecientes a nuestro interior, aparecen para actuar en contra de nosotros desde el exterior.

En los acontecimientos de nuestro mundo diario parece cada vez más necesario que lleguemos a hacer las paces con estas fuerzas satánicas. La palabra hebrea para el diablo significa también «adversario», «oponente» y «hostil». En el diccionario Webster (edición de 1914), se describe al diablo como «el adversario de Dios a pesar de... subordinado a Él, y capaz de actuar con Su tolerancia». En otras palabras, el Diablo es un ser ambivalente y sombrío; por un lado es hostil a Dios, aunque está sujeto a su autoridad, actuando sólo con el permiso tácito de la Divinidad. Tal parece ser la esencia del conflicto con el que han luchado muchas generaciones: o bien el Señor no es omnipotente, o el Diablo pertenece a su creación. Nos cuesta aceptar ambas ideas. Si abrazamos el monoteísmo, es obvio que Dios ha creado al Diablo como parte de su esquema divino.

Podemos encontrar que es difícil aceptar conscientemente esta idea, pero inconscientemente la mayoría de nosotros hemos vivido con él toda nuestra vida. Se ha

introducido en nuestra sangre como parte de nuestra herencia cultural. «No nos dejes caer en la tentación», así rezamos. ¿A quién elevamos esta oración? ¿Al Diablo? El hecho de que dirijamos nuestra súplica a Dios puede significar que, inconscientemente, experimentamos la tentación de la desobediencia como una parte de la divinidad. La ambivalencia de la divinidad está claramente implícita en la historia del Edén relatada en el Génesis. En esta historia, el Señor creó el árbol del conocimiento del bien y del mal, lo puso en el jardín, y después, deliberadamente, llamó la atención de sus criaturas para prohibirles que comieran los frutos de este árbol. En la historia de Epimonandas se nos relata un hecho psicológico similar: la madre cocinaba unas pastas que sacaba a refrescar al patio. Al salir de su casa, advirtió a su hijo diciéndole: «Ahora, Epimonandas, ve con cuidado con pisar mis pastas», y Epimonandas fue cuidadoso: pisó con gran cuidado en el centro de cada una de las susodichas pastas.

En la historia de Job, el Señor mismo fue tentado por Satán para atormentar a Job. En su libro *Respuesta a Job*, Jung señala que incluso la divinidad tiene un aspecto inconsciente, oscuro, un alter ego o sombra demoníaca. Es bastante difícil aceptar nuestra sombra personal, así como las de nuestros amigos, pero aceptar la idea de que Dios mismo pueda tener un aspecto sombrío parece contravenir las enseñanzas básicas de nuestra cultura cristiana. La mayoría de nosotros hemos sido introducidos en una cristiandad donde un Dios-Padre benevolente, envuelto en nubes de algodón de color rosa, sonrío protectoramente a sus hijos mientras lanza al malvado y negro Diablo a la calle. La idea de que la divinidad pueda abarcar los opuestos, incluyendo en ellos el área del oscuro inconsciente, así como de que el Diablo, por su parte, pueda poseer cualidades redentoras y brillantes, resulta sorprendente.

En la mayoría de las barajas del Tarot se marca una gran diferencia entre el Buen Mago, o arcano número uno, que se representa ligero, brillante y positivo, y el Mal Mago, la carta número quince, que es portador de todas las cualidades negativas. Esto no es cierto en la baraja marsellesa, cuyas figuras presentan siempre los dos elementos de luz y de oscuridad. Acabamos de observar cómo el Mago de Marsella, con su sombrero y su curioso traje, se encuentra casualmente en una encrucijada, contrastando con el Mago sacerdotal de Waite, que se halla bajo una pérgola de rosas y lirios. Como podemos esperar, entre los Diablos representados en estas dos barajas hay diferencias similares. En el Tarot de Waite ese sujeto desagradable con piernas peludas, garras por pies y expresión repulsiva (fig. 64), muestra como símbolo el pentagrama invertido, símbolo de la magia negra. Si el Diablo fuera tan repulsivo como este sujeto, el pecado no sería un problema. Por el contrario, el Diablo del Tarot de Marsella (al igual que el Mago) encarna las dos cualidades a la vez: la atractiva y la desagradable. Podemos imaginar fácilmente una relación con cualquiera de estos caracteres del Tarot de Marsella, tanto de odio como de amor.

En el arte cristiano, esta figura arque típica se representa algunas veces como la sombra de Jesús. En el famoso cuadro de Duc-cio titulado *La tentación de Cristo en la montaña*, su sombra aparece larga y negra (fig. 65). Psicológica y físicamente hablando, es cierto que cuanto mayor es la luz mayor es la oscuridad. Traducido esto a la experiencia práctica, significa que cuanto más conscientes nos volvemos de nuestro potencial creativo, más alertas debemos estar a las trampas que nuestro lado sombrío nos prepara y más responsables debemos sentirnos en cuanto a ello. A medida que se amplía la consciencia, ésta se vuelve más refinada, de manera que cada vez se da uno más cuenta del potencial de daño de cada palabra casual o de cada hecho. Dado que cada acto humano es esencialmente amoral, lo que hace inmoral una acción instintiva es simplemente su

inconsciencia. Cualquier acto que se manifestó a sí mismo inconscientemente es primitivo, incontrolado, c^ompulsivo y, debido a todo esto, potencialmente perjudicial.

Como podemos verificar por nuestra propia experiencia, la anipliación de conocimientos, lejos de convertirnos en plácidos fetales, nos sumerge más profundamente en el conflicto moral, exigiendo cada vez una mayor y más aguda penetración en los mis-
374

la experimentemos como una violación de la naturaleza. A gran escala, los héroes culturales (hombres y mujeres de consciencia superior, de gran visión y energía) también lesionaron su sagrado orden, al igual que Prometeo, cuando roba el fuego del cielo para beneficio de la humanidad.

Según los mitos y las leyendas, estos actos de desobediencia y irevimiento son siempre castigados por los dioses. Adán y Eva, después del mordisco fatal, se dieron cuenta de su desnudez (lo que significa simbólicamente que habían perdido su inocencia ciega, viéndose forzados a un nuevo autoconocimiento); como resultado de ello, fueron expulsados en busca de su autorrealización. Nunca volverían a encontrar el alimento adecuado para ampliar su propio conocimiento, de modo natural y sin esfuerzo. A partir de este momento, la consciencia humana debía ganarse el sustento por su propio esfuerzo.

Prometeo también fue castigado por invadir el territorio celestial de la consciencia y la creatividad, y, siendo encadenado en el monte Caucase, se vio forzado a pasar por el dolor diario de que un buitre devorara su hígado, volviendo éste a crecer cada noche. Simbólicamente, esto podría indicar que las personas de genio deben sufrir necesariamente el aislamiento, viviendo en parajes elevados del espíritu, por encima del alcance de sus contemporáneos. Encadenados a su único trabajo como portadores de la luz, estas figuras heroicas se ven forzadas día y noche a sacrificar la sangre de su vida a demanda de su genio.

Los sentimientos de transgresión, culpa y castigo son inherentes a la búsqueda de la consciencia. Cada vez que rompemos con la imagen preconcebida de cómo «deben» ser o se «deben» hacer las cosas, nos sentimos culpables. Estos sentimientos se encarnan en el inconsciente de forma tan profunda que acciones que no tienen consecuencia moral despiertan con frecuencia sentimientos de culpa si estas acciones ofenden la propiedad de ese inconsciente «padre interior», criatura cuyos vestigios pueden permanecer intactos a lo largo de toda una vida. De manera similar, cualquier ruptura con las costumbres establecidas en el orden social, aunque no tenga consecuencia alguna, puede ser experimentada como una ofensa contra la totalidad y se ve acompañada a menudo por sentimientos de culpa. Si «todo el mundo lo hace» uno puede hacer, decir o llevar las cosas más extrañas, incluso realizar actos ilegales o criminales sin sentirse culpable.

Llevando alguna de estas ideas al lenguaje psicológico más amplio, cualquier ruptura de la identidad original inconsciente con el sí-mismo lleva consigo sentimientos de culpabilidad. Si vamos, pues, a movernos hacia una relación más consciente con el sí-mismo, tendremos que llegar a esta ruptura y asumir la culpa. Paradójicamente, uno se ve conducido por el sí-mismo a apartarse de su identidad original para llegar a establecer una unión con el sí-mismo a un nivel distinto de conocimiento.

El peso de la culpa no es sólo personal, pues cada uno de nosotros lleva sobre sí una culpa inconsciente por la criminalidad e inso-lidaridad de la humanidad, como se puede leer a diario en los periódicos. «Aunque estemos libres de la culpa de ese

crimen —dice Jung—, tenemos siempre la posibilidad de ser criminales dada nuestra naturaleza humana. Sencillamente, perdimos la oportunidad de vernos arrastrados a la melée infernal. Ninguno queda fuera de la sombra negra colectiva de la humanidad.»⁶

Por esta razón, continúa Jung, ninguno de nosotros «se siente conforme cuando se comporta perfectamente; nos sentimos mucho mejor cuando actuamos un poco mal. Esto se debe a que no somos perfectos. Los hindúes, al construir un templo, dejan siempre una esquina inacabada; sólo los dioses hacen las cosas perfectas, el hombre no lo hace nunca. Es mucho mejor saber que uno no es perfecto; uno se encuentra entonces mucho mejor».⁷ Sin embargo, la imagen de la perfección está de tal manera inserta en nuestra cultura que nos sentimos culpables cuando no somos capaces de lograrla. Necesitamos alguna vez un chivo expiatorio que nos ayude a llevar el peso de todas nuestras imperfecciones humanas. De no ser así, las proyectaríamos hacia nuestros amigos y parientes para no ser aplastados por su peso. «¡El Diablo me indujo a hacerlo!», decimos a veces medio en broma cuando hacemos algo imperfecto; o «¡No sé quién diablos me metió en esto!». El Diablo es un chivo expiatorio de gran utilidad.

Comentando la función psicológica del chivo expiatorio, Jung hace esta profunda aseveración: «Este es el significado más profundo del hecho de que Cristo, como Salvador, fuera crucificado entre dos ladrones. Estos dos ladrones, a su manera, también fueron redentores de la humanidad, fueron los chivos expiatorios».⁸

Por todo lo que se ha dicho hasta ahora puede verse que el Diablo es un ser complejo y ambivalente. Según la descripción que nos hace Goethe de Mefistófeles, es «aquel poder que haría solamente el mal, pero engendra el bien». Es él quien nos traiciona llevándonos hacia la criminalidad inconsciente, pero que a la vez nos introduce a la consciencia. Como Lucifer, puede ofrecernos el fuego del cielo para nuestra salvación o bien puede lanzarnos a los fuegos del infierno para nuestra destrucción. Siempre es más listo que nosotros, y aparece ante nosotros en tantas formas distintas que no podemos seguir sus huellas.

El Diablo cristiano, cuyo epíteto era «La Gran Bestia», era una caricatura de Pan y de Dionisos, los cuales eran adorados en rituales masivos de naturaleza orgiástica. Hoy en día, esta Gran Bestia surge de nuevo entre la histeria de las masas, como dice Jung, en la creciente colectividad de nuestra cultura contemporánea: «Una gran multitud compuesta por personas admirables tiene la moralidad y la inteligencia de un animal salvaje, estúpido y violento. Cuanto mayor sea la organización, más impredecible es su inmoralidad y más ciega su estupidez. (Senatus bestia, señalares boni viri.) La sociedad, al subrayar automáticamente todas las cualidades colectivas de sus representantes • individuales, premia a la mediocridad en todo aquello que se es-¡ tablece para vegetar de manera fácil e irresponsable. La indivi- dualidad se verá inevitablemente acosada contra el muro.»⁹

El nombre del Diablo es legión, y cuando estamos «poseídos por él» nuestro nombre también es legión. Llenos entonces de ideas, intereses, emociones y propósitos, perdemos contacto con nuestro centro, con nosotros mismos. Estar en desacuerdo consigo mismo es estar en pecado. Expulsados del Paraíso como Adán y Eva, tenemos que pagar nuestra transgresión errando por el mundo en busca de una nueva conexión con nuestro centro. El Diablo hace todo lo que sabe para impedirlo, tentándonos a demorarlo. Utiliza este retraso deliberadamente, como una de las armas más eficaces, como lo atestigua el relato siguiente: Una vez, el Diablo, descontento de cómo progresaba su trabajo en la Tierra, llamó a capítulo a sus cohortes, pidiendo voluntarios para una misión en la Tierra; pidió también ideas y sugerencias en cuanto a lo que se le pudiera decir a la humanidad para acelerar el trabajo. Un espíritu maligno sugirió que se les podría decir a los hombres que Dios no existía. Otro sugirió lanzar el rumor de que lo que no existía era el alma, pero nada de esto complació al Diablo. Finalmente un diablillo se adelantó por fin pidiendo que se le

adjudicara a él la misión; el Diablo le preguntó qué era lo que iba a contarles a los hombres y el diablillo contestó: «Voy a decirles que no hay prisa». Consiguió rápidamente el trabajo y los pasillos del infierno se llenaron de gritos de alegría.

Algunas veces se ha representado al Diablo como un esqueleto, relacionándolo con los siete pecados capitales de la teología medieval; a saber: soberbia, lujuria, envidia, ira, pereza, gula y avaricia. Una de las cosas que hacen que estos pecados sean tan mortales es que no se los puede reconocer siempre en la base de las acciones conocidas. A menudo, estos pecados pueden llegar a parecer virtudes. Identificarlos, pues, y combatirlos en uno mismo es difícil. Como sucede a menudo en los problemas morales, la cuestión no es tanto qué es lo que se hace, sino desde dónde se hace. Por ejemplo, cuando Satán se le apareció a Jesús en la montaña y le tentó sugiriéndole que transformara las piedras en panes, el acto sugerido no era malo en sí mismo. Desde un punto de vista puramente material, habría sido incluso beneficioso. Para Jesús, sin embargo, hacer el milagro tan sólo para demostrar su poder habría sido un desperdicio de su don de la creatividad. El problema con el que Él se enfrentó en este encuentro fue el eterno problema del fin y los medios, cuya resolución establece la diferencia entre un milagro verdadero y un burdo truco.

Afortunadamente para la mayoría de nosotros, la tentación de hacer milagros no es un problema, pero la tentación de figurarnos que podemos hacerlo está siempre presente. En el momento en que una fuerza arquetípica irrumpie en la consciencia, sentimos el influjo de una energía y una iluminación de una dimensión tan extraordinaria que es posible que nos sintamos enorgullecidos por nuestro propio poder, que perdamos el contacto con las limitaciones propias de nuestra condición humana.

La máscara que lleva el Diablo, así como las tentaciones que nos ofrece, cambian con las distintas culturas. Para nuestros antepasados, el Diablo se representaba como la encarnación de la carne, maximalizada como pasión sexual. En la actualidad, el sexo y el cuerpo ya no se consideran pecaminosos. De hecho, la libertad sexual es tan habitual, que es la restricción mojigata la que lleva cuernos.

Cualquier función de la psique que opere de manera inconsciente es demoníaca. El Mefistófeles de Goethe es la típica personificación de este tipo de actividad autónoma. Jung dice: «Mefis-tófeles es el aspecto diabólico de cada función psíquica que actúa libremente y desligada de la jerarquía de la totalidad de la psique, consiguiendo independiencia y poder absoluto. Este aspecto sólo se puede percibir cuando la función se convierte en una entidad separada, al ser objetivizada o personificada...».10

El retrato de Mefistófeles hecho por Delacroix es una objetivi-zación del Diablo (fig. 66). Aquí se nos muestra como un «espíritu aéreo y como un intelecto malvado». Obsérvese cuan ampliamente vuela a través del cielo nocturno, muy por encima de la humanidad que duerme, a salvo incluso de las más altas puntas de las veletas de las iglesias. No es un sujeto malcarado; algunas veces tiene incluso un aspecto distinguido. Después de todo ha de ser atractivo, ya que si no ¿cómo iba a atraernos, obligándonos a usar nuestras energías a su favor? Una de las más bellas representaciones, y seguramente la más arrogante, es la del Diablo que ya se pudo ver en la pintura de Blake Satán exultante sobre Eva (fig. 63). No es de extrañar que la pobre Eva, «huérfana de madre», por utilizar la clásica expresión de Ralph Hodgson, cayera en su trampa.

¿Cómo representaríamos al Diablo hoy en día? En nuestra cultura mecanizada, un aspecto diabólico es el efecto deshumaniza-dor de nuestra psicología computarizada. Podríamos pensar en el Diablo como un monstruoso robot de movimientos mecánicos que cruza la tierra aplastando bajo su inmenso peso metálico a toda la humanidad y toda la naturaleza. Después de examinar detalladamente el arquetipo del Diablo, vamos a comparar brevemente su retrato con el del Mago que aparece justo encima de él, en la primera fila

horizontal de nuestro mapa de viaje. El Mago está en tierra firme; el Diablo se coloca por encima de nosotros. El Mago centra su atención en unos objetos específicos que se encuentran sobre la mesa que tiene delante, la acción de sus dos manos se coordina en un sólo propósito. Éste no es el caso del Diablo; una de sus manos se alza rígida, en gesto burlón, mientras la otra mantiene la espada de modo peligroso. Obviamente, su mano derecha no sabe lo que le ocurre a la izquierda. Es tan irresponsable como un niño pequeño; el infantilismo le traiciona en su mueca burlona así como en su vociferante jactancia. Esto es sin duda alguna una actitud histriónica para enmascarar su ineptitud con la espada. Dado que nuestra cultura judeo-cristiana lo ha ignorado, no maduró con el paso de los años; es decir, que siguió siendo inmaduro y, al igual que los niños (y al igual 'lúe nosotros), exige reconocimiento. Si seguimos ignorándole, cometerá deliberadamente actos dirigidos a atraer nuestra atención.

Un Tarot italiano nos muestra al Diablo y a sus diablillos ayudantes sacando la lengua como niños mal educados (fig. 67). En pinturas medievales del infierno, la lengua del Diablo se representa a menudo con forma de falo saliendo de una boca que recuerda el área genital, subrayando de esta manera su inclinación a la aberración sexual y destacando que el mal uso de la palabra hablada es tan demoníaco como la promiscuidad sexual. Dado que el falo puede simbolizar la necesidad creativa a cualquier nivel de expresión, esta representación del Diablo puede también ridiculizar la idea de que el genio, el amor y otros atributos llamados espirituales, descienden solamente de las blancas nubes de arriba. Aparentemente, necesitamos todavía que nos lo recuerden. No hace mucho que el poema de Yeats «Crazy Jane» asombró al Obispo (y a muchos lectores) con la siguiente frase: «El Amor se había introducido en su casa / en el lugar del excremento...».

Entre el Mago y el Diablo se sienta la Justicia, con los platillos de la balanza vacíos, a punto de pesar y valorar los potenciales de la magia tanto oscura como luminosa. A ella le importan la armonía y el equilibrio. Si sobrecargamos su balanza con dulzura y luz, con el poder de los pensamientos positivos y otras imágenes similares de perfección, dejando el segundo platillo vacío, ya sabemos lo que pasará: el Diablo cargará en ese platillo todas las deudas de nuestra negligencia: crímenes callejeros, tumultos y excesos. La naturaleza odia el vacío.

Hemos estado hablando sobre la Majestad Satánica a gran escala. Antes de abandonarlo, contactemos de forma más directa con nuestra experiencia personal; es ahí después de todo donde le hacemos frente a diario. Si uno no ha sido «poseído por el Diablo», la idea de esa posesión resulta demasiado fantástica para nuestra credibilidad. Para los no iniciados, la palabra «posesión» sólo es una metáfora que describe un estado psicológico de algunas personalidades perturbadas. Nos gusta pensar que eso no puede sucedernos a nosotros, que la ciencia moderna, con sus conocimientos de psicología preventiva, endocrinología y con sus equilibrios vitamínicos, aleja esta posibilidad. Pero es algo que puede sucederle a cualquiera si se dan unas condiciones expresas de tensión suficiente... y de hecho ocurre más a menudo de lo que pensamos.

En el retrato de Paul Klee, Chica poseída (fig. 68), podemos ver desde fuera lo que produce la invasión de la psique. Quizá mirando este rostro podamos recordar a algún amigo cuando nos lanza su latiguillo político; quizás estudiando este retrato podríamos conectar con el modo como nos sentimos cuando todas nuestras energías se dirigieron hacia un solo proyecto, con exclusión de todos los demás. El pensamiento sutil sobre esta forma de posesión, es lo que nos ha sorbido el seso, puede ser un asunto digno: la paz del mundo, la ecología u otro similar. Es la posesión por parte del inconsciente lo que parece tan demoníaco. Jung comenta esta virtud atroz diciendo: «Olvidamos con facilidad que podemos vernos dominados deplorablemente tanto por una virtud como

por un vicio; y la virtud orgiástica, frenética, puede ser tan infame como un vicio, conduciéndonos tanto a la injusticia como a la violencia».

No cabe duda de que todos hemos pasado por la experiencia de encontrarnos por la calle o ante la puerta con un forastero que, al igual que el Viejo Marinero, nos miran fijamente, exhortándonos a vivir con limpieza y amor fraterno. Nuestro primer gesto es retroceder, no porque estemos a favor del pecado y en contra del amor, sino porque instintivamente tememos la posesión. Apesta a Diablo. Para confirmar este extremo, un buen test por el que podemos saber si estamos poseídos por una fuerza arquetípica es la mirada de pánico en los ojos de los demás cuando nos enzarzamos con nuestros «pensamientos», excluyendo cualquier otro valor importante.

El Diablo es repulsivo pero, como hemos visto hasta ahora, es también atractivo. Oscilando entre sus dos poderes alternativos de atracción y repulsión, trazamos nuestra espiral hacia el autoco-nocimiento. Incluso sentimos como niños estas fuerzas gemelas que actúan dentro de nosotros. Hermann Hesse, en su novela *De-mian*, nos explica una experiencia reveladora y hermosa. Esta historia conecta al lector personal y emocionalmente con el papel dudoso que el Diablo tiene en nuestras vidas.

En la literatura abundan personificaciones del Diablo tan variadas como reveladoras. Una de ellas es Yago, tal vez el personaje de Shakespeare más conocido. En la historia de Stephen Vincent Benet *El Diablo y Daniel Wester*, el Diablo aparece como un ciudadano contemporáneo de gran poder de persuasión y atractivo. Dado que la historia tiene lugar en Nueva Inglaterra, la virtud triunfa al final. En la obra de Thomas Mann *Mario y el mago*, el Diablo se representa como un mago profesional que utiliza sus siniestros poderes hipnóticos de manera destructiva y grosera. En las polémicas religiosas, Satán aparece como autor de todo vicio. Cuando jugamos a las cartas todavía decimos «El libro de las representaciones del Diablo». No cabe duda de que Satán ayudó a crear los Arcanos del Tarot y vigila divertido cómo nos introducimos a través de sus misterios.

Sin duda alguna, ningún estudio sobre Su Satánica Majestad estaría completo si descuidáramos mencionar el papel que juegan las dos víctimas inhumanas retratadas en la carta número 15. Es bastante fácil ver cómo el Diablo colabora en su delincuencia, impidiendo su crecimiento y desarrollo, pero también es fácil imaginar cómo estas dos criaturas desamparadas pueden colaborar con la delincuencia del Diablo, que impide su maduración hacia la consciencia. En nuestras vidas privadas, pensamos a menudo en una «diablura» como en una acción clara, olvidando la no menos obvia verdad de que la aquiescencia pasiva y la ceguera ingenua pueden ser igualmente demoníacas.

Por ejemplo, es fácil reconocer que la manipulación sobre nosotros mismos o sobre otros es cosa del Diablo. Podemos ver a continuación la escultura de Richter *Diablo con garras* (fig. 69). Al mirarla, podemos darnos cuenta de las cualidades del manipulador con las que construye una red para atrapar a alguna víctima incauta. En momentos de búsqueda espiritual, intentamos liberarnos sinceramente de estas monstruosas cualidades presentes en nosotros y alejar la tentación de involucrar a otros en nuestro propósito. Cuando nos encontramos enredados en esta tela de araña, atrapados y heridos por las maquinaciones de otros, la búsqueda espiritual se detiene y comienza la búsqueda del culpable. Nos figuramos ser totalmente víctimas y totalmente inocentes. Protestamos en voz alta nuestra inocencia, enarbolándola orgullosamente como una bandera sin dejar de preguntarnos si esta inocente ingenuidad es necesariamente una virtud. Gerald Hard, el filósofo inglés, acostumbraba a decir que cada asesinato, «psicológicamente hablando», requiere dos conspiradores igualmente culpables: el asesino y el asesinado. Es difícil creer que permitirse ser víctima sea tan demoníaco como ser agresor. Otra mirada a la escultura de Richter nos demuestra la verdad de la tesis de Hard. El Diablo no nos asusta, parece

totalmente absorto en la construcción de su trampa. Para ser atrapado entre sus cuerdas hemos de dar, por lo menos, un inocente paso al frente.

El Diablo, cuyas formas son ciertamente legión, presenta muchos problemas y muy serios: no tenemos que tomarlo a la ligera. Sin embargo, al tratar con él podríamos aprender a reír un poco, pues el humor puede actuar como puente que conecte su mundo con el nuestro, humanizándolos a ambos. En el uso que los orientales hacen humor, son maestros de este posible acercamiento al Diablo.

Sus demonios, aunque feos, permiten siempre un lugar para el humor. Su más grotesca máscara llega a ser tan absurda que hace que parezcan asequibles.

Podemos acabar este capítulo con un refrán de la sabiduría china, no tomado de Confucio sino copiado de una señal de tráfico actual: «Id frenando en suelo deslizante, pues ahí acecha el diablo del resbalón».